

Intervención². (O intervención al cuadrado)



Ariel Pennisi (UNPAZ/UNDAV)

A Lucía Scrimini

¿Puede el trabajo social ser intervenido?

En un texto surgido de unos encuentros en el Hospital Durand hace veinte años, coordinados por Elena de la Aldea e Ignacio Lewkowicz, *La subjetividad heroica* (2004), se plantean las condiciones conceptuales para pensar cómo intervenir a las disciplinas que se caracterizan por su propia voluntad de intervención. Si bien, en ese caso, se concentran en problemáticas que conciernen a las tareas de la salud mental y, por lo tanto, a quienes trabajan en ello, la profundidad del planteo permite reemplazar TSM (trabajador/a de la salud mental) por TS (trabajador/a social) sin desmedro de las especificidades –por cierto, ese texto circula en la carrera de Trabajo Social de nuestra universidad–.

El modelo científico que impacta también en las llamadas “ciencias sociales”, supone también un modelo de relación de los profesionales (y las instituciones en que se sostienen) con el resto de los actores, que funciona como una estructura jerárquica: saberes que se aplican a casos de sufrimiento, vulnerabilidad, etc. Ese modelo pone en relación una posición estructuralmente indolente y sabionda y otra posición doblemente carente: por un lado, hay dolor o malestar y, por otro, desconocimiento de sus causas y posibles formas de procesarlo. Es, a su vez, el modelo de la vista vigilante, la mirada teórica, la imposición del *logos* como razón suficiente capaz de sobrevolar los hedores mundanos. Por definición, la vista tiene

enfrente supreciado o despreciado objeto, una existencia expuesta a las definiciones y las acciones exteriores del saber o la institución. Por definición, el “objeto” mantiene una relación exterior con el saber y la experticia alojada en esa posición que se arroga el monopolio de la subjetividad. Tras una historia reciente de cuestionamiento a la relación sujeto-objeto por parte de las ciencias sociales, se suele ganar en tranquilidad más que en intervención: en las prácticas más extendidas, los “sujetos de derecho” no son necesariamente quienes tienen derecho a ser sujetos. Las instituciones en que se forman los profesionales insisten en posicionarse como dueñas de lo que debe ser considerado un saber.

Algo más en relación a esa rica controversia teórico-práctica. Llegó el momento en que las ciencias sociales hicieron la autocrítica y, al parecer, se dieron cuenta de que sus diversos agentes, que funcionan como extensiones vivas de las prédicas profesionales, no tratan con “objetos”, sino con sujetos... ¿Pero tratan realmente con iguales? Además, ¿por qué la crítica no se enriquece aún más alcanzando también al “sujeto”? Dos problemas, entonces: 1) volverse un igual supone una doble operación que consiste, por un lado, en asumir axiomáticamente (radicalmente) la igualdad de las capacidades y, por otro, en trabajar para la invención –el filósofo que podríamos referir dice “verificación”– de esa igualdad que, a pesar de axiomática, no es transparente y supone una composición en la opacidad de su presentación; 2) el mito del sujeto es correlativo del yugo del objeto; sujetado el primero, arrastrado o arreado el segundo; por eso, no alcanza con la figura del “sujeto de derecho” –por cierto necesaria–, ya que la experiencia que habitamos y nos habita excede el aspecto “consciente” de la subjetividad e incorpora zonas inestables de inconsciencia, memoria, restos de dispositivos, etc.; somos y formamos parte de procesos de subjetivación y algo más o, al decir de un raro filósofo medio biólogo, medio “psi”, “procesos de individuación psíquica y colectiva”: lo que se juega en nuestra existencia es más y menos que el individuo o el yo que pretendemos ser, de modo que aquello que nos vincula al resto es también esa zona de indeterminación... es decir, que no nos vinculamos de sujeto a objeto, pero tampoco de sujeto a sujeto, sino que algo en nosotros se vincula con algo en los demás, con al lastre de lo que cada quien lleva puesto y de los paisajes en los que cada quien se desenvuelve. Esa vinculación, sin embargo, no está garantizada y requiere, como mínimo, una cierta disposición, una intervención que a veces consiste solo en dejar que eso suceda sin obturarlo.

Volviendo al texto en cuestión, *La subjetividad heroica* formula una crítica muy sencilla para dejar ver, luego, su propia apuesta. Ante el llamado institucional o barrial,

el trabajador de la salud, antes de ver “qué hay”, antes de dejarse tocar o informar por lo que sucede en esa situación, ya “sabe” qué “debería haber”, y entonces el diagnóstico verá los defectos de lo que hay en comparación con esa concepción sobre qué debería haber; y su tarea consistirá, desde esa perspectiva, en intervenir *para que las cosas sean como deben ser*.

A esa crítica, la profesión responde, enhorabuena, actualizándose, proponiendo otras palabras y conceptos, pero sin alterar el principio jerárquico que gobierna los vínculos de asistencia, atención, in-

tervención. Son la ciencia y la profesión mismas las que efectúan su autocrítica y en una suerte de dialéctica bastante prolija se ponen al día. Lo hacen con corrección política, es decir, más allá de una política que, como toda política, inventa desde la incorrección o incluso desde lo incorregible (como hubiera planteado un Borges peronista).

Pero se puede esbozar otro modelo, no un modelo a seguir, sino a observar en lo que ya es, el modelo del tacto: tocar es, por igual, ser tocado. Aun la chicana del militante al cientista social, cada vez que lo invita a “embarrarse”, queda corta, ya que persiste en esa imagen la limpieza del profesional y la mugre del “objeto”, “sujeto de derecho” o espacio de intervención. El filósofo italiano Paolo Virno insiste sobre el carácter antropológico del tacto que no es solo uno de los cinco sentidos, sino una marca ontológica del “uso”: la vida es, al mismo tiempo, la que usa y la que es usada, tan desdoblada como inseparable (Virno, 2017).¹ Entonces, el modelo de la intervención por el que aun la mejor intencionada trabajadora social o el más bonachón de los trabajadores de la salud mental diagnostican desde afuera o desde un adentro rebuscado y poco creíble, y ordenan la situación como intrusos en ella, resulta una forma de negación de la reversibilidad del uso. El interés de la ciencia y su sujeto imperturbable y el interés de los convalecientes, objetos disponibles a las órdenes de quienes dicen saber sobre ellos más que ellos mismos, se encuentran gracias a un contrato tácito que confirma jerarquías previamente distribuidas. Los prejuicios, el mercado y el Estado, en definitiva, la red de dispositivos que organizan desde dentro de cada quien, es decir, desde su matriz perceptiva, su posición, así lo disponen.

Pero Virno llama la atención sobre una sutileza cuyos efectos prácticos no son nada menores: “El uso está signado a lo largo y a lo ancho por el *interés*, en la acepción más lateral del término: *inter-esse*, ser entre, absorción en una relación que lesiona la autonomía de los polos correlativos”. (Virno, 2017: 131). Es decir, que se trata de una idea de intervención diferente y de una concepción lateral del interés. Lo que el “interés” entendido como provecho, utilidad o conveniencia de una parte (como lo hace el interesado diccionario de la Real Academia Española) encubre es la exposición común incertidumbres básicas, tanto como la potencia común de invención, propias de un animal abierto al mundo. Entonces, el planteo de un filósofo que, en tanto tal, podría parecernos lejano está, sin embargo, al alcance de cualquiera, esa exposición y esa potencia comunes son lo que tenemos a mano cada vez que nos toca enfrentar una complejidad, hacernos cargo de un conflicto, atravesar un dolor, elaborar un malestar con los demás. Es cuestión de tacto...

Tiempo y pensamiento

Los otros dos disparadores del texto que conectan de manera instintiva con el problema de la intervención son el de la temporalidad y el pensamiento. Dicho de manera resumida: temporalidad del pensamiento —que es inmediatamente pensamiento de la temporalidad—. La reacción a un reparto que jerarquizaba las ideas por sobre la praxis alcanzó para invertir precariamente la relación; el primado de la “práctica” se vol-

¹ “El uso de la vida comparece ahí donde la vida se presenta como tarea y, al mismo tiempo, como el instrumento que nos permite liberar esa tarea” (Virno, 2017: 136-137).

vería un estandarte para el buen militante o el profesional de las buenas causas... Pero cuando la urgencia de una situación que pide actuar se vuelve una excusa para no pensar, aquella inversión adquiere su peor aspecto. Cuando no hay tiempo solo se actualiza el teatro conocido, basta con la comodidad de los roles previamente establecidos para que todo parezca funcionar: héroes y víctimas con todos sus matices. Es en ese punto que el texto de Lewkowicz y De la Aldea ubican su crítica a la figura del héroe, tal vez sin aclarar a qué tipo de heroísmo se refieren. Es decir, no parecen referirse al heroísmo clásico en el que los protagonistas se vuelven héroes por su modo de afrontar lo imprevisible, por una singular forma de relación con el riesgo; un heroísmo ambiguo, entre la donación y el sacrificio. Al contrario, la subjetividad heroica que se pondría en acto en las situaciones propias de la labor del trabajo social aparece como un cuento espoileado. Un heroísmo paradójicamente a prueba de riesgos. Entonces, ¿el problema de fondo es el heroísmo o la repetición del cuento hasta el vaciamiento de todo riesgo? Los arquetipos de este heroísmo anodino van de la profesional desangelada al voluntarista llorón, de la bondadosa y caritativa al cínico patológico. ¿A quién le importa el drama de cada uno de ellos! Es una tragedia esta, en la que estamos todas y todos, y no hay tiempo para narcisismos, sino solo para pensar.

¿Por qué el texto que comentamos distingue entre pensamiento y saber? Al parecer, el principal obstáculo para el pensamiento no es la urgencia, sino la subjetividad movilizada por la idea de que ante la urgencia no se piensa. Esa idea es funcional, tanto a los saberes previos (profesionales, experienciales, certificados por una institución o avalados por la costumbre) como a la supuesta impotencia de quienes ocupan la posición de la demanda o la víctima. Relación, por otra parte, reversible, ya que el desvalido (en realidad, desvalorizado), el que dice que anda mal, impone el saber proveniente de su experiencia, inapelable por vivido y legítimo por dolido; mientras tanto, ese proyecto de héroe aburrido que hay en cualquiera de nosotros, también se siente víctima cuando la situación desborda o cuando el ayudado no se deja ayudar. El saber analiza y se aplica para y a pesar de los otros; en todo caso, dice tener a esos otros en un recóndito rincón de su memoria, como si alguna vez hubiera sido pensamiento. Pensamiento que se congeló saber. ¿Pero a qué se refiere el texto cuando habla de pensamiento? Por lo visto no se trata de un conjunto de operaciones de altura, racionales, autosuficientes. Es decir, el pensamiento no aparece como un pariente del saber.

Incluso: es solo a partir de identificar y hacer lugar a las zonas de *no saber* de una situación que puede emerger algo llamado pensamiento. Se piensa con los otros porque solo en el encuentro se produce pensamiento. Encuentro táctil, ya que tocar es ser tocado, encuentro riesgoso, porque no hay garantías y porque algo de lo que somos se expone a no servir o a dejar de ser, encuentro inventivo, en tanto depende de lo que hagamos... A diferencia del heroísmo pacato de los TSM criticados por el texto, la apuesta a pensar en una situación asume un riesgo. Pero, a diferencia del heroísmo clásico, el riesgo asumido no supone un sacrificio. Además, a diferencia de ambos, no acepta tan fácilmente el posicionamiento victimista de ninguno de los involucrados. El primero va a buscar a sus víctimas para colmarlas y cuando su omnipotencia da la vuelta de moneda que la vuelve impotencia, cuando las víctimas no se dejan "salvar" o las instituciones no sostienen lo que "deberían", se vuelve víctima de su víctima... círculo vicioso si los hay. El segundo solo consume el acto de heroísmo volviéndose víctima de sí mismo cuando el sacrificio se consume, de lo contrario resultaría un héroe dudoso (víctima, en ese caso, de una mala imagen).

Una acción pensante, un pensamiento actuante, parten de lo que hay. Nunca hay solo dolor o sufrimiento. Seguramente, las circunstancias que estas extrañas profesiones se encomiendan a sí mismas habitar suponen conflicto y malestar, pero también hay en ellas herramientas, experiencias, memorias, deseos –incluso saberes– y otros recursos que habrán de ponerse en valor. La vida tiene que hacer algo con la vida (según indica la antropología del “uso”), los cuerpos y los anticuerpos bailan una danza parecida, que es la misma, pero no igual a sí misma, las instancias de conflicto y malestar se elaboran con todo lo que las situaciones que les dan lugar tienen, incluyendo la posibilidad de contar con una trabajadora social o un laborante de la salud mental. El suplemento, el “plus” de la situación, es tal justamente porque no viene de afuera y no puede ser previsto... e incluso puede no ser. La contingencia también es parte de lo que hay, sino casi todo.

Pensar, entonces es hacer un *común*, hacer *en común*. Es, al mismo tiempo, determinar el terreno compartido y nombrar el problema, empezando por problematizar los supuestos, los roles preestablecidos, los saberes. Pensar es una disposición “que parte de lo existente para investigar los posibles de una situación”. Es decir, investigar sobre todo cuál es la *situación*. En los valores universales, en las buenas intenciones “en general”, en el deber profesional, no hay pensamiento (actuante) porque no hay situación concreta. En el barro –curiosamente se le llama así al “barrio”, retirándole una “i”... y quién sabe cuántas cosas más–, supuestamente más legítimo por tratarse del escenario del compromiso, el momento de “poner el cuerpo”, no hay acción (pensante) porque lo supuesto actúa por nosotros... ¿y nosotros? He ahí otra investigación *ad hoc*.

“Nosotros”, justamente, es el desafío: es el nombre de una búsqueda situada, de una disposición a pensar-con. Y, de paso, consideramos a los demás igualmente capaces de esa inusual operación subjetiva, esa praxis deliciosa que llamamos pensar. Una comunidad de dolor en la que hay empatía porque el dolor de quien llama hace sentido, toca una fibra propia, no psicológica, sino existencial –es decir, lo que define nuestra relación con el mundo y los otros–; una comunidad de perplejidad, en tanto nos atrevemos a demorar la sorpresa de existir en la incomodidad del no saber concreto de una situación; una comunidad de las capacidades que acepta las singularidades como principio de igualdad. En fin, ¡qué otro trabajo “comunitario” habría de interesarnos!

La intervención institucional

Intervenir, “venir entre”, “interponerse”. La noción de intervención propia de la institucionalidad moderna designa algo tan simple y brutal como el accionar de una autoridad que se entromete en el flujo de una actividad, que se interpone entre esta y su propio recorrido, es decir, que interrumpe un trayecto para corregirlo, rectificarlo o, como se solía decir en el universo de la burocracia sindical, normalizarlo (las “intervenciones normalizadoras” de la CGT que, entre otros, supo cuestionar Tosco). El pedagogo francés Jacques Ardoino la compara con una intervención quirúrgica, siempre vivida como un hecho traumático aun cuando se trate de la salud. De algún modo, la perforación asume una situación como irreparable y justifica así un grado de violencia.

En el campo de la intervención institucional, es decir, intervención de la intervención o intervención al cuadrado, ocurre justo lo contrario. Un recorrido, un flujo de experiencia se interrumpe, se quiebra, encuentra un obstáculo insuperable y entonces recurre a alguna forma de intervención que le restituya movimiento, hasta permitirle relanzarse desde otro lugar, siendo la misma y otra a la vez. La intervención al cuadrado vuelve sobre la antropología del tacto que, en este caso, no solo refiere al gesto de tocar y ser simultáneamente tocado, sino también al otro como límite a respetar (a no perforar, violentar). Hay una deliberada actitud por parte de los practicantes del “análisis institucional” de sostener algún grado de vaguedad de la noción de “intervención” para que se desplace como se desplaza el sentido mismo de las situaciones. Tal vez se trate de la expectativa algo desmesurada –según el propio Lourau– de no fijar el sentido de las situaciones mediante la fijación del sentido de la intervención.

Felix Guattari plantea dos prerequisites para las prácticas de intervención: por un lado, estas no se agotan en el análisis de grupos o individuos, ni siquiera de sectores, sino que el análisis para la intervención comprende los procesos sociales, políticos, económicos, libidinales, éticos, encarnados en una situación concreta, en unas vidas o en parte de esas vidas; por otro, este tipo de intervenciones no pueden significarse ni actuar como una “especialidad” (de la salud mental, la higiene social, etc.); de lo que se desprendería una tercera demarcación: las prácticas de intervención no son tarea exclusiva de los especialistas, los profesionales o cualquier portador del “prestigio del saber” –ni siquiera del saber implicado en lo que se acaba de enunciar. De otro modo no sería posible hacer pasar, o se correría el riesgo incluso de inhibir los “microdiscursos” que sostienen la cotidianidad, el carácter balbuceante de lo que se piensa y se siente en las situaciones concretas, las relaciones de toda escala y procedencia que operan discretamente.

Las preguntas que se hace Guattari en la entrevista publicada en un libro colectivo de 1980 (Guattari et al, 1981) –es decir, un entrevistado que responde con preguntas para los lectores– abrieron entonces una perspectiva para el análisis institucional o el campo de elaboración de una psicología colectiva, en vistas a “determinar aquí y ahora sobre qué es posible intervenir”: “¿Quién habla? ¿Quién interviene? ¿Qué dispositivo de enunciación hace que algo pase en la realidad o recibe algo de la realidad?” Y aclara: “El dispositivo no comprende solamente la palabra, el sujeto, y el significante: es el encabalgamiento de mil componentes lo que hace que la realidad y la historia sean lo que son”. La noción de “dispositivo”, en este caso –como en la insinuación de Foucault retomada por el filósofo italiano Giorgio Agamben (2006)–, amplía la de grupo e incluso la de institución. Permite una percepción de registros diferentes, escalas, problemas, intersecciones. Incluso, si lo llevamos hasta sus últimas consecuencias, habilita a pensar en contradispositivos de acción política, intervención psíquica y ética, invención social, investigación artística...

El corrimiento de posicionamientos como el del profesional o el del especialista, el cuestionamiento del principio de autoridad, la ampliación de la percepción a los componentes políticos, sociales, económicos, mundiales, que de algún modo actúan en una situación, la atención a la singularidad de la situación y la apuesta a la inmanencia del encuentro socavan los lugares de enunciación gracias a los cuales somos hablados, liberando un territorio expresivo que en el lenguaje de Guattari llevará el nombre de “dispositivo colectivo de enunciación”. No solo un dispositivo de contrapoder o un contradispositivo, sino tam-

bién una forma operativa para las disposiciones de deseo, es decir, la investigación sobre lo que podemos y sobre lo que el inconsciente –siempre colectivo e histórico– produce, de manera situada.

Cuando llamamos o somos llamados a o por una situación que presenta un problema de viabilidad y deseabilidad de su forma de estar en el mundo, trátase de un barrio, una institución o una simple vida atormentada, la perspectiva heterogénea del análisis institucional recomienda investigar la investigación, es decir, convocarse conjuntamente a preguntarse qué investigar, antes que dar por hecho y sabido “el problema”. Ni siquiera se trata de “problematizar” la situación ni de establecer un “campo” problemático, sino de inventarse una escucha. Desde el punto de vista del voluntarismo militante o del saber profesional, esto es casi nada. Pues bien, que así sea. Llegar como retirándose, ir dejando de ser para encontrarse, dejarse afectar para componerse.

Por otra parte, ¿cómo nos daríamos cuenta de haber procesado un conflicto, de haber elaborado determinado malestar o incluso de haber desplegado un interrogante cuando, en realidad, todo el trabajo consistió en producir un desplazamiento respecto de lo que creíamos que era el problema? Tal vez la respuesta sea más simple que el proceso. Nos damos cuenta cuando experimentamos una especie de alegría compartida, una alegría sin objeto, pero bien material. Cuando la expresión “estar alegre” adquiere todo su sentido: alegría de estar.

Intervenir es ser intervenido

“Intervenir es ser intervenido”. Entre la sentencia y el proverbio, la frase respira el condensado de una experiencia vital. Lucía Scrimini, investigadora de la salud, analista, algo bruja, soltó esa idea, no porque la mantuviera atesorada a la espera de alguna ocasión que la dotara de legitimidad –a la frase y a su aparente autora–, sino porque se soltó ella misma con esa idea que “le salió”... En algún punto, se salió de sí misma. Es lo que Sartre hubiera llamado “acto”, el gesto de pura exteriorización... “Pura” porque se trata de una exteriorización sin interioridad, no de la presentación exterior de una pureza interior. Eso es el “acto” o la acción política y existencial, no un salto al vacío, sino un salto desde el vacío. Vacío de interioridad. ¿Es el aprendizaje de una vida? No podríamos más que intuirlo. Vacirse de sí para vivir entre las cosas. Estar cerca de las cosas, de las vidas, sin deberle nada a una conciencia previa, a un espíritu de época interiorizado o a una interioridad psicológica como referencia privilegiada. Entonces, idea-acto. No es la idea “aplicada”, ni la teoría y la práctica amigándose por un simple chasquido producido por la mano las ciencias sociales superadas de sí mismas. Es una idea para usar de un modo muy particular, ya que no se trata del instrumento de una conciencia clara que usa desde su potestad, sino que esta idea, para que funcione, es decir, para que podamos disfrutarla como acto, en parte nos debe usar. O, mejor, intervenir. “Intervenir es ser intervenido” es una idea que nos “sirve” si nos interviene. Lo que pide de nosotros es entrega, nuevamente, disposición al acto. Con una salvedad: puede haber o no acto, en este punto no hay garantías.

¿Significa esto que no importa lo que se acumula y sedimenta en una vida, su formación, su información, todo el acervo experimental que decanta como palabra o como mirada, como activismo o sabia

retirada? Al contrario. Esa disponibilidad que nos hace estar en el mundo como estamos, como nos toca o incluso en permanente desplazamiento respecto de nosotros mismos, es el laboratorio que nos supimos, que nos pudimos, que nos quisimos conseguir. Es *desde* ahí que nos disponemos al acto, bajo condición de la advertencia “intervenir es ser intervenidos”. Pero ese *ahí* desde donde nos ofrecemos como agentes de una intervención posible es tan importante (por su materialidad viva) como peligroso (por su posible fijeza) para el acto. Disposición y suspensión son sístole y diástole de la intervención.

El trabajo social está atravesado por el deseo de intervención. ¿Pero es él o la trabajadora social quien interviene? En ese caso, desde el punto de vista de la idea que Lucía nos regala –que se regaló también a sí misma– no habría intervención, en tanto que si alguien se arroga la posición del que interviene, se desdibuja esta sabiduría que dice que “intervenir es ser intervenido”. De modo que pensar la intervención nos exige hacernos a un lado, no para tirar por la borda todo lo recorrido ni para desaprender hasta que duela. El movimiento es más sutil, es un ejercicio de suspensión de lo conocido; no solo de lo que supuestamente sabemos, sino incluso del modo en que creemos conocernos a nosotros mismos.

Nuevamente: en una situación que nos llama o a la que acudimos por un llamado que nos hacemos, ante una demanda, un problema, un conflicto, frente a la injusticia social recreada en el rincón que sea, nos disponemos. Solo de la trama o del pliegue surgido del encuentro florecerá una intervención. Es decir, que ya no se trata de intervenir, sino de formar parte de una intervención que también nos interviene, nos participa. “Venir entre”, surgir de *entre* cuerpos, gestos, ideas, memorias, corrientes de deseo y temor, horizontes comunes...

Bibliografía

- Agamben, G. (2006). *Che cos'è un dispositivo?* Roma: Nottetempo.
- De la Aldea, E. y Lewkowicz, I. (2004). *La subjetividad heroica. Un obstáculo en las prácticas comunitarias de la salud*. Recuperado de <https://www.xpsicopedagogia.com.ar/la-subjetividad-heroica>
- Guattari, F.; Lourau, R.; Lapassade, G.; Mendel, G.; Ardoino, J.; Dubost, J. y Lévy, A. (1981). *La intervención institucional*. Buenos Aires: Folios.
- Virno, P. (2017). *La idea de mundo. Intelecto público y uso de la vida*. Buenos Aires: La Marca.